

## CARTOGRAFÍAS DEL DOLOR

ROSALÍA BANET

En una de sus fábulas más conocidas, Borges imaginó un imperio donde el arte de la cartografía había logrado tal nivel de perfección y desmesura que llegaron a fabricar “un Mapa del Imperio que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él”. La distancia había sido abolida y el territorio real igualaba su representación.

Rosalía Banet en esta nueva etapa de su trabajo emprende una estrategia parecida al confeccionar un mural vertebrado por quince mapas “mudos” cuya silueta y topografía corresponde a los países más pobres del planeta. Aparentemente convencionales, a medida que nos aproximamos descubrimos que la escala ha sido subvertida hasta lo imposible y nos encontramos ante mapas dérmicos, elaborados con nuestra corteza (como las cartas de navegación de antaño, que eran de cuero animal), esto es, cartografías corporales con relieve de piel e hidrografía de sangre. La artista ha tomado como referencia pieles reales de personas que de alguna manera representan cada uno de estos países aportando una dimensión humana a un tipo de representación –el mapa– que siempre obedece a unos intereses concretos (económicos, políticos, estratégicos... pero nunca humanitarios), para imponer una percepción del mundo, siempre subjetiva y parcial, dirigida al poder, la hegemonía y el control sobre el territorio, que se esfuerza por ordenar lo diverso, imponer distancias, fijar límites y “sentar verdad”, en un absurdo intento por poseer una imagen íntegra del planeta como un “todo idéntico”, labor a todas luces inabarcable.

Lejos de estas proyecciones canónicas ligadas a una mirada colonizadora y presuntamente científica, la artista evidencia el carácter epidérmico y superficial de todo sistema cartográfico. El mapa, artificio figurativo con pretensión de espejo, suele excluir más de lo que incluye (algo queda siempre al margen, invisible, ausente), quizá como ardid para liberarse de la ansiedad que genera lo diferente –así lo señala Estrella de Diego (*Contra el mapa*)–, sin embargo, la diferencia no habita en la piel y sus colores, de cerca, terminan por parecerse todos. Mientras en un mapa convencional el relieve se oscurece a medida que se incrementa la altura y las particularidades desaparecen, en estas cartografías la piel se ennegrece conforme aumenta la distancia (física, pero también moral) y se enfatizan las diferencias. Rosalía Banet realiza un ejercicio de acercamiento –zoom del cuerpo– alterando las escalas aprendidas para mostrar una geografía de superficie, la de nuestra propia envoltura, que muestra sus heridas y sangra. Abolidas las coordenadas tradicionales, la referencia espacial queda en suspenso para ofrecer una anatomía topográfica que evidencia la fragilidad y vulnerabilidad del sistema que hemos creado.

Frente a este mural de pieles pobres, la artista dispone otro que le sirve de contrapunto dialéctico, pero esta vez con los mapas de los quince estados más ricos del mundo. Aquí la representación va más allá de la piel para dejar las tripas al descubierto y también algunas de sus úlceras. La serie lleva por título *Black stomach*, expresión que en japonés (*hara-guroi*) se aplica a personas infames (habitualmente políticos, empresarios y banqueros) que intentan ocultar algo, indiferentes ante el dolor de los demás. Son mapas enfermos que presentan unos intestinos ennegrecidos, teñidos de un color rancio, sucio, casi podrido, retrato de una sociedad opulenta, marcada por la sobreabundancia y el exceso.

Rosalía Banet muestra cómo unos países engordan desmesuradamente mientras otros adelgazan hasta el pellejo. Una serie de dibujos digitales completan esta visión crítica hacia una sociedad de consumo fabricada a partir de identidades clonadas que en su delirio por tener más y más ha conseguido que las enfermedades producto de la desnutrición hayan dado paso a trastornos y patologías derivadas de la sobrealimentación o de una nutrición inadecuada.

Pero por mucho que el llamado *primer mundo* se esfuerce por disfrazar sus imperfecciones, las heridas acaban saliendo a la superficie. Un mapa de España con la piel enferma enseña de nuevo una serie de ampollas y pústulas que se corresponden con el número de suicidios –más de tres mil en 2010, según datos del INE– ocurridos en nuestro país a consecuencia de la crisis.

Entre tanto, las líneas de sutura que marcan el límite artificial entre dos formas de vida se rompen dibujando un reguero de sangre (la frontera entre Estados Unidos y México, en este caso) o una gran salpicadura roja (la del mar interior que separa Europa de África), alimentadas cada día por las personas que mueren o desaparecen en busca de una vida mejor.

Por último, un mapamundi minuciosamente desollado. El adentro reconvertido en afuera, dejando a la vista los nervios y la musculatura para descubrir un cuerpo troceado, fragmentado, desmembrado que señala sus cotas más altas en forma de huesos y tendones, haciendo del planeta el trasunto de un moderno Prometeo condenado al suplicio de ser eviscerado, mientras la humanidad, igual que su hermano Atlas, carga a la espalda con el peso del mundo ignorando la manipulación a la que está siendo sometida. En este sentido, el vídeo *Doble erosión* no puede ser más contundente: unas manos lavan –o más bien se lavan– el cerebro y el corazón hasta quedar reducidas a dos pequeñas esferas que han perdido sus rasgos, al compás de unas campanas que doblan a muerte.

Nuestra piel, el mayor órgano del cuerpo y también el más sensible, funciona como interfaz o pantalla de contacto con el mundo, pero también como límite del yo. Rosalía Banet realiza una maniobra de disección que nos invita a observarnos por dentro y tomar conciencia del mundo que hemos generado, frustrando la mirada de placer y control que lleva aparejado el mapa. Toda una llamada a la sensibilidad. Mapas humanizados para hablar de deshumanización. Atlas imposible del dolor. Geografía corporal en forma de *trompe l'œil* que evidencia el fracaso del lenguaje, pues el sufrimiento es inalienable y, tal como sostiene Chantal Maillard (*Contra el arte y otras imposturas*), somos incapaces de padecer en carne ajena: “Sabiduría topológica: si yo no estoy ahí donde hay dolor, ¿acaso puede haber dolor?”.

Marta Mantecón